

Jesús Martín-Barbero

OFICIO DE CARTÓGRAFO

TRAVESÍAS LATINOAMERICANAS DE LA COMUNICACIÓN EN LA CULTURA

Introducción

Aventuras de un cartógrafo mestizo (fragmento)

“Una bifurcación tomó por sorpresa a mi generación, cuya devoción por Prometeo no dejó ver venir a Hermes: comunicación, tránsitos, transmisiones, redes. Ahora vivimos en una inmensa mensajería, soportamos menos masas, encendemos menos fuegos, pero transportamos mensajes que gobiernan a los motores. (...)

Nunca podremos prescindir de campesinos y de tallistas, de albañiles ni de caldereros, y aún seguimos siendo arcaicos en las dos terceras partes de nuestras conductas pero, mientras que en otros tiempos fuimos más bien agricultores, y no hace tanto especialmente herreros, ahora somos sobre todo mensajeros”.

Michel Serres

Motivado desde dos ámbitos -la demanda de que juntara en un volumen mis textos sobre comunicación de los años '90, desperdigados en multitud de revistas y libros colectivos, y la necesidad de poner alguna perspectiva histórica latinoamericana en un campo de investigación cuya corta edad, sumada a la aceleración de los cambios que atraviesa, lo hacen fácil presa de los seductores espejos que le proporciona la tecnología-, este libro busca contrastar en alguna medida la creciente tendencia al autismo tecnicista y la hegemonía gerencial que parecen estarse adueñando de los Estudios de Comunicación en América Latina. Lo que en principio iba a ser una antología de textos se transformó así en un artesano ejercicio de cartografía. Que es en verdad el oficio al que he estado dedicado desde que al iniciarse los años '70 *la comunicación* apareció como enclave de pensamiento en mi tesis de doctorado en Filosofía, y desde entonces en el día a día de un trabajo entre nómada y viajero a lo ancho y largo de este “sub”- continente. El trazado de este libro hilvana textos y fragmentos de textos en los que, por cerca de treinta años, he ido haciendo unas veces de actor y otras de cronista de las

travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura. De ahí que mi trabajo haya tenido, y siga teniendo, tanto o más de aventura colectiva que personal, por lo que si el relato asume a ratos la primera persona, más que una marca de protagonismo es sólo una argucia discursiva del cartógrafo metido a cronista para dotar de hilo a la trama y de atractivo a la narración.

De cartas y mapas nocturnos

Si toda crónica reclama un comienzo, debo empezar por contar quién y cómo dio nombre a mi oficio y título a este libro. Soy consciente del poco *académico* rumbo que toma esta introducción, pero es precisamente *contra* ese tono que escribo, o mejor contra el que se me rebela cada día más certeramente la escritura. El comienzo fue así: en la generosa despedida que en diciembre de 1995 me hizo la Universidad del Valle -en la que había trabajado veintiún años- una invitada, la investigadora mexicana Rossana Reguillo, bautizó mi aventura intelectual otorgándome el noble título de *cartógrafo mestizo*. Y fue a partir de lo que metaforizaba esa figura que lo que habían sido trabajos sueltos, esbozos e intuiciones, cobraron una *perspectiva* que focalizaba las líneas y tensiones más secretas de mi propio trabajo. Cartografías habían sido algunos de mis textos más intensa y extensamente leídos, y los distintos *lugares* de mi trabajo encontraban ahí su *perdido* mapa. Fue así como comencé a interesarme por la situación en que se encuentra el oficio de cartógrafo y por lo que de ese oficio me concierne.

Lo primero que encontré es que la cartografía, incluida la cartografía cognitiva, se halla atrapada en el remolino de los apocalipsis fin de milenio que la han convertido en objeto de descalificaciones y disputas¹. Pues para algunos, todo mapa es en principio filtro y censura, que no sólo *reduce* el tamaño de lo representado sino *deforma* las figuras de la representación trucando, simplificando, mintiendo aunque sólo sea por omisión. Para otros, al situarse en la encrucijada de la ciencia y el arte, la cartografía se ha abierto a una ambigüedad ilimitada, ya que lo que las tecnologías *aclaran* en el plano de la observación y su registro es *emborronado* por la estetización digitalizada de su forma: en el cartografiado espacio de Bagdad las bombas *que veíamos* en la pantalla del televisor resultaban siendo fuegos de artificio o figuras de nintendo. Y finalmente, no pocos se preguntan: ¿mapas para qué?² Cuando la

¹ A ese respecto ver D. Pagés y N. Pelissier (Coords.), 'L'incertitude des territoires', *Quaderni. Revue de la communication*, N° 34, París, 1997; VV.AA., "De espacios y lugares: pre-ocupaciones y ocupaciones", *Archipiélago*, N° 34-35, Barcelona, 1998.

² I. Chambers, *Migración, cultura e identidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995, pp.127-156.

estabilidad del terreno, de los referentes y las medidas es socavada por *el flujo* de la vida urbana y la *fluidez* de la experiencia cosmopolita, los mapas nos impedirían hacer nuestro propio camino al andar, aventurarnos a explorar y trazar nuevos itinerarios, nos evitan el riesgo de perdernos sin el que no hay posibilidad de descubrir/nos.

Pero, ¿quién ha dicho que la cartografía sólo puede representar fronteras y no construir imágenes de las relaciones y los entrelazamientos, de los senderos en fuga y los laberintos? Un experto cartógrafo como M. Serres ha escrito: “Nuestra historia, singular y colectiva, nuestros descubrimientos como nuestros amores, se parecen más a las apuestas azarosas del clima o los sismos que a un viaje organizado provisto de un contrato de seguros (...) Por esta razón los mapas meteorológicos, rápidos y lábiles, o los lentos y pacientes que nos muestran las ciencias de la tierra profunda, con sus placas movedizas, líneas de fractura y puntos calientes, interesan hoy al filósofo más que los antiguos mapas de carreteras”³. Estamos ante una lógica cartográfica que se vuelve *fractal* -en los mapas el mundo recupera la diversa singularidad de los objetos: cordilleras, islas, selvas, océanos- y se expresa *textual*, o mejor *textilmente*: en pliegues y des-pliegues, reverses, intertextos, intervalos. Es lo que condensa para Serres la imagen de Penélope tejiendo y destejiendo el mapa de los viajes de su marido, mapa del mar soñado y del real entre-tejidos en el canto de Homero.

Atravesando dos figuras modernas⁴ -la del *universo* de Newton y los *continentes* (de la historia) Marx, (del inconsciente) Freud- nuestros mapas cognitivos arriban hoy a otra figura, la del *archipiélago*, pues desprovisto de frontera que lo cohesione el continente se disgrega en islas múltiples y diversas que se interconectan. Resulta altamente sintomático que por los mismos años en que un poeta, Saramago, imaginaba en su novela *La balsa de piedra* la aventura de un pedazo de continente europeo -la península Ibérica- que despega y se hace isla que navega hacia América, un filósofo, M. Cacciari, construía una cartografía teórica del *archipiélago* con el que busca re-pensar/re-hacer Europa⁵. Tomando como base el Mediterráneo, Cacciari *descubre* que ese mar, *rico en islas*, no se halla separado de la tierra – “aquí los elementos se reclaman, tienen nostalgia el uno del otro”- develándonos la verdad del mar, su ser *archi-piélagos*, lugar de diálogos y confrontación entre las múltiples tierras-islas que los entrelazan. Pensar el archipiélago es entonces indagar el nuevo tipo de *logos* que interconecta lo diverso: “Aquel espacio por su naturaleza intolerante a la subordinación y la sucesión jerárquica. En el espacio móvil del

³ M. Serres, *Atlas*, Cátedra, Madrid, 1995, pp. 262-263.

⁴ J. Ibáñez, “Del continente al archipiélago”, en *Por una sociología de la vida cotidiana*, Siglo XXI, Madrid, 1994, pp.112-137.

⁵ M. Cacciari, *Geofilosofía de Europa*, Adelphi, Milano, 1994; *El archipiélago. Figuras del otro en Occidente*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.

cohabitar y el coordinarse las singularidades del archipiélago se pertenecen la unas a la otras⁶. Logos otro, en cuya raíz se hallan las profundas *alteraciones perceptivas* que atraviesan nuestra experiencia espacio/temporal.

También en América Latina la cartografía se mueve. Y lo hace en múltiples direcciones. Desde los *planos* turísticos de las ciudades -que nos aseguran ver lo que todos ven, para que no haya desencuentros culturales- al mapeamiento de circuitos y trayectos que de-velan en las cibernéticas metrópolis actuales la existencia de ciudades *invisibles*: místicas, esotéricas, vivenciales⁷. Y desde las cartografías catastrales construidas *desde arriba*, y a las que “nada escapa” como en el panóptico aquel que estudiara Foucault, sólo que ahora su centro es móvil -la cámara colocada en el helicóptero- a los socialmente apabullantes mapas trazados no sólo sobre sino también desde los márgenes: porque también los márgenes urbanos se mueven siguiendo los derroteros (¿rutas con derrotas?) de los marginales o los desplazados laborales⁸, y también los trayectos nómadas de los punkeros, de los metaleros o los taggers⁹. En otra dirección más abarcadora, la cartografía se mueve rediseñando el mapa de América Latina, tanto el de sus fronteras y sus identidades -especialmente por el movimiento creciente de las migraciones y porque el sentido de las fronteras se emborrona o se agudiza contradictoriamente con lo que producen las redes del mercado y las tecnologías satelitales, y las identidades se solapan perdiendo su antigua nitidez¹⁰- como así también el de sus formas políticas y sociales: devaluaciones del Estado, ingobernabilidades políticas, flexibilizaciones laborales, desocializaciones institucionales, descentramientos culturales¹¹.

En el ámbito de las cartografías cognitivas se dibujan al menos dos *planos* de avance. El más de fondo es aquel en el que se trazan pistas para *abrir las ciencias sociales* siguiendo y desbordando el rumbo señalado por el famoso mapa coordinado por E. Wallerstein¹². En *La globalización imaginada*¹³, N. García Canclini no se limita a exponer teorías sobre, o hechos de, la globalización sino que asume de frente los desafíos que pensar la globalización entraña para las ciencias

⁶ M. Cacciari, *El archipiélago*, obra citada, p.28.

⁷ J.G. Magnani, *Mystica urbe. Um estudo antropológico sobre o circuito neo-esotérico na metrópoli*, Studio Nobel, São Paulo, 1999.

⁸ M. Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2000.

⁹ R. Reguillo, *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles*, Norma, Buenos Aires, 2000.

¹⁰ A. Grimson (Comp.), *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, Ciccus / La Crujía, Buenos Aires, 2000.

¹¹ D. Filmus (Comp.), *Los noventa: política, sociedad y cultura en América Latina*, Flacso / Eudeba, Buenos Aires, 1999.

¹² I. Wallerstein (Coord.), *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 1996.

¹³ N. García Canclini, *La globalización imaginada*, Paidós, Barcelona, 1999.

sociales, empezando por la imposibilidad de pensarla como *un proceso en un solo sentido*. La ruptura con el monoteísmo ideológico, el de la única clave para comprender el todo unificado por el motor, el actor y el antagonismo, no sirve para mapear una multiplicidad de procesos, fuertemente articulados entre sí, pero regidos por diversas lógicas y muy diferentes temporalidades: la homogeneidad y velocidad con que se mueve la red financiera es cierta pero la heterogeneidad y lentitud de los modos en que operan las transformaciones culturales también lo es. Para hacer inteligible esa multivocidad de procesos y lógicas García Canclini opta por construir una pluralidad de pistas de penetración con dos figuras: la de las preguntas y la de las narrativas, la nueva forma de mapear exige cambiar de discurso y escritura. El lector se encuentra ante montones de preguntas y de relatos que *descentran* la mirada del investigador hacia la de los otros, los protagonistas: el ejecutivo de una gran empresa y la del obrero sin trabajo obligado a emigrar a otro país, la del ama de casa y la del gobernante, la del diseñador de modas en la capital y la del artista en una ciudad de frontera con Estados Unidos. Y es *desde* esa multiplicidad de *cuestiones y experiencias, de datos duros y de metáforas*, que se van construyendo articulaciones más y menos fuertes de lo económico, lo laboral y lo político, avizorando encrucijadas estratégicas de la economía con la cultura, puntos focales en la reorganización de las instituciones y las socialidades. Con una enorme ganancia: el borroso mapa que se entrevee resulta provocando, *exigiendo políticas capaces de revertir la tendencia a la privatización y la desnacionalización* que, al mismo tiempo que reubican el lugar del Estado, replantean el sentido de la política y de lo público.

En un segundo plano me parece altamente sintomático que también *desde la filosofía* se desborde el viejo modo de cartografiar las cuestiones *que merecen ser pensadas* y se vislumbren nuevos modos de hacer mapas. Es lo que ha hecho el Primer Coloquio Internacional sobre *espacios imaginarios*, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM¹⁴, y en el que los espacios de la geografía, los de la historia y los de la psique no se recortan sino que se solapan alumbrando, sin esnobismos ni eclecticismos postmodernos, *nuevas cuestiones*. Que es lo que hace también un colectivo, reunido en Bogotá, y recogido en *Pensar (en) los intersticios*¹⁵, al des-atar “filosóficamente” los estudios culturales de sus ocultas fronteras y aceptar la intemperie y la diáspora como nuevos lugares desde los que pensar. Y lo que significa la reciente aparición en Buenos Aires de

¹⁴ M^a N. Lapoujade (Coord.), *Espacios imaginarios*, UNAM, México, 1999.

¹⁵ S. Castro / O. Guardiola / C. Millán (Eds.), *Pensar en los intersticios*, Instituto Pensar, Bogotá, 1999.

la revista *Constelaciones de la Comunicación*¹⁶ ubicando el estallado mundo de hoy en el foco de esa categoría eminentemente benjaminiana con la que hacer pensable un *todo* que ni sobrevuele la quebradiza realidad de lo social ni la vacíe de las tensiones que la desgarran y la movilizan.

A partir de esa rica reflexión mi artesano ejercicio de cartografía aspira únicamente a renovar el mapeado de los estudios de comunicación, empezando por relatar la *pequeña historia* de mi empeño. Todo empezó en un encuentro de investigadores sociales en Buenos Aires, auspiciado por FLACSO el año 1983, en el que por primera vez nos encontrábamos institucionalmente estudiosos de comunicación, de cultura y de política, y en el que mi ponencia¹⁷ introdujo al final una extraña propuesta que llamé *mapa nocturno*, con el que buscaba reubicar el estudio de los medios desde la investigación de las *matrices culturales, los espacios sociales* y las *operaciones comunicacionales* de los diferentes actores del proceso. La presencia afortunada en ese encuentro de estudiosos del campo literario -Beatriz Sarlo, Aníbal Ford, Carlos Monsiváis- a la vez que reconoció la figura de Saint-Exupéry en *Piloto de guerra*, la legitimó *intelectualmente*. Sin ponerle ese auspicioso nombre, yo había trazado un primer mapa de la investigación latinoamericana en comunicación el año 1980 cuando presenté a mis colegas de ALAIC el “balance” de la presidencia que había ejercido en esa asociación¹⁸. Y fue ese artesanal oficio el que guió la larga, cerca de diez años, investigación que recogió *De los medios a las mediaciones*, donde sinteticé así lo que entendía por *mapa nocturno*: un mapa para indagar la dominación, la producción y el trabajo pero desde el otro lado: el de las brechas, el consumo y el placer. Un mapa no para la fuga sino para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos, para cambiar el lugar desde el que se formulan las preguntas, para asumir los márgenes no como tema sino como enzima. Porque los tiempos no están para la síntesis, y son muchas las zonas de la

¹⁶ A. Entel (Dir.), *Constelaciones de la Comunicación*, N° 1, año 1, Fundación Walter Benjamin, Buenos Aires, 2000.

¹⁷ “Comunicación, pueblo y cultura en el tiempo de las transnacionales”, en VV.AA., *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*, Gustavo Gili, México, 1996; M. de Moragas (Ed.), *Sociología de la comunicación de masas*, vol. 4, Gustavo Gili, Barcelona, 1997.

¹⁸ El nombre de ese balance fue “Retos a la investigación de comunicación en América Latina”, en *Memoria de la Semana Internacional de la Comunicación*, Universidad Javeriana, Bogotá, 1991, y después en *Comunicación y Cultura*, N° 9, México, 1982; traducido: “De quelques défis pour la recherche sur la communication en Amérique Latine”, en A. Mattelart / Y. Stourdzé, *Technologie, culture et communication*, La Documentation Française, París, 1983. Traducción al español: *Tecnología, cultura y comunicación*, Mitre, Barcelona, 1984, “Desafíos à pesquisa em comunicação na America Latina”, en *Intercom*, N° 49/50, São Paulo, 1984. Hay resumen de este texto en la primera parte de este libro.

realidad cotidiana que están aún por explorar, y en cuya exploración no podemos avanzar sino a tientas o con sólo un mapa nocturno¹⁹.

Otro hito, y variante, en el oficio cartográfico es el mapa que, en el inicio de los años '90, tracé acerca de los tres *modos de relación* del trabajo académico con las concepciones y modelos de comunicación hegemónicos: dependencia, apropiación, invención²⁰. La *dependencia* que, travestida de liberalismo intelectual y eclecticismo postmoderno, concluye que “todo vale”, o sea que todas las concepciones “son iguales” y por lo tanto tienen los mismos derechos. Derechos que, en países de desarrollo tan precario como los nuestros, serían sólo los de aplicar lo que otros inventan y “estar al día”. La *apropiación* se define al contrario por el derecho y la capacidad de *hacer nuestros* los modelos y las teorías vengan de donde vinieren geográfica e ideológicamente. Lo que implica no sólo la tarea de *ensamblar* sino la más arriesgada y fecunda de *rediseñar* los modelos para que *quepa* nuestra heterogénea realidad, con la consiguiente e inapelable necesidad de hacer lecturas *oblicuas* de esos modelos, lecturas “fuera de lugar”, desde un lugar diferente a aquel en el que se escribieron. De esa *apropiación* hay ya muy numerosos enclaves en estas tierras. Y también en el campo comunicación/cultura hemos empezado a *inventar* comenzando por indisciplinar los saberes frente a las fronteras y los cánones, des-plegando la escritura como medio de *expresividad conceptual*, y finalmente movilizandó la *imaginación categorial* que es la que hace pensable lo hasta ahora no-pensado abriendo nuevos territorios al pensar.

Y en el intento por *cartografiar* no sólo agendas sino modos de investigar, a mediados de los años '90²¹ introduje la inflexión semántica que me posibilitó pasar -sin renunciar al anclaje crítico y estructural del concepto de *mediación*- de los mapas sobre las *mediaciones socioculturales* desde las que operan y son percibidos los medios a cartografiar las *mediaciones comunicativas*²² - socialidad, institucionalidad, tecnicidad y ritualidad- que, al tornarse lugar antropológico de la mutación cultural que introduce el espesor comunicacional de lo social, reconfiguran hoy las *relaciones entre sociedad, cultura y política*.

¹⁹ J. Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones*, Gustavo Gili, 1987, Barcelona, p. 229.

²⁰ “Teoría/investigación/producción en la enseñanza de la comunicación”, *DÍA-LOGOS de la Comunicación*, Nº 28, Lima; este texto es recogido en forma sintética en la tercera parte de ese libro.

²¹ Un primer esbozo de esas mediaciones se halla en “La comunicación desde las prácticas” en G. Orozco (Coord.), *De los medios a las prácticas*, Universidad Iberoamericana, México, 1990.

²² Un desarrollo del mapa de las mediaciones comunicativas puede encontrarse en “Pistas para entre-ver medios y mediaciones”, Prefacio a la quinta edición de *De los medios a las mediaciones*, CAB, Bogotá, 1999. Y una ampliación de ese mapa es recogida en la tercera parte de este libro.



Una agenda de comunicación con el nuevo siglo

Son casi treinta años de docencia e investigación en el ámbito de la cultura, y *dentro de él* especialmente en el de la comunicación, los recogidos sintéticamente en este libro, y es en conflictiva continuidad con ellos que veo configurarse nuevos interrogantes muy fuertemente ligados a las incertidumbres y los miedos que permean este fin y comienzo de siglo y de milenio. Pues como en pocos otros campos en el de la comunicación percibimos que el calibre de las preguntas *pertinentes y socialmente relevantes* no encuentran respuesta en los casilleros del saber que constituyen las ciencias, devolviendo una inusitada vigencia a la filosofía, único saber capaz de hacerse cargo de las preguntas por el sentido tanto político como ético de las transformaciones que hoy media la técnica. En una entrevista sobre su novela *La caverna*, Saramago viene en mi ayuda: “Es un auténtico choque reconocer que el retrato de la caverna platónica es el mundo en que estamos viviendo... empezando por la omnipresencia de la imagen”, pero junto al mundo de la *caverna* aún nos queda “el mundo de la alfarería, en el que las manos ven a la vez que tocan. Mi alfarero, que moldea el barro en esta indisociabilidad de sus instrumentos perspectivos, es un demiurgo”, y concluye: “Cuando recientemente alguien preocupado por configurar propuestas para el nuevo siglo me formuló explícitamente la pregunta ¿qué hacer?, mi decidida respuesta fue: *regreso a la filosofía*”²⁹. Nunca antes se había hecho tan evidente que por el mundo de la comunicación pasa estructuralmente la puesta en común del sentido o el sinsentido del vivir en sociedad, ahora a escala del globo.

Ello hace de *la comunicación*, como lo fue para mí, aprendiz de filósofo a comienzos de los años '70, un enclave estratégico del pensar. Pero de pensar ¿qué? ¿El proceso de desublimación del arte simulando, en la figura de la *industria cultural*, su reconciliación con la vida, como pensaron los de Frankfurt? No, y sin embargo, se trata de algo inscrito en lo que ya ellos percibieron como la principal *amenaza*: la razón instrumental ahora transformada en *razón comunicacional* cuyos dispositivos -la fragmentación que disloca y descentra, el flujo que globaliza y comprime, la conexión que desmaterializa e hibrida- agencian el *devenir mercado de la sociedad*. Pero, atención, pues ese enlace con el pensamiento de los de Frankfurt está preñado de malentendidos. Ya que, primero, lo que denomino *razón comunicacional* se halla en oposición flagrante al *consenso dialogal* en el que el frankfurtiano Habermas ve emerger la “razón

²⁹ J. Saramago, Entrevista sobre su última novela *La caverna*, “El País”, Madrid, 30 diciembre de 2000, pp. 6-7.

comunicativa”, mágicamente descargada de la opacidad discursiva y la conflictividad política que introducen la mediación tecnológica y mercantil. Y segundo, la crítica que hacemos de la razón *comunicacional* no puede confundirse con la condena que Adorno y Horkheimer hicieron de la técnica como parte constitutiva de “la racionalidad del dominio mismo”³⁰.

Lo que estamos intentando pensar entonces es, de un lado, la *hegemonía comunicacional* del mercado en la sociedad: la comunicación convertida en el más eficaz motor del desencante e inserción de las culturas -étnicas, nacionales o locales- en el espacio/tiempo del mercado y las tecnologías globales. Pues lo que el fatalismo tecnológico acaba legitimando es la *omnipresencia mediadora del mercado*. Y con ella la perversión del sentido de las demandas políticas y culturales que encuentran de algún modo expresión en los medios, además de la deslegitimación de cualquier cuestionamiento de un orden social al que sólo el mercado y las tecnologías permitirían darse forma. Y de otro lado, el *nuevo lugar de la cultura en la sociedad* cuando la mediación tecnológica de la comunicación deja de ser puramente instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural, pues la *tecnología* remite hoy no a nuevas máquinas o aparatos sino a nuevos modos de *percepción* y de *lenguaje*, a nuevas sensibilidades y escrituras. Radicalizando la experiencia de des-anclaje producida por la modernidad, la tecnología deslocaliza los saberes modificando tanto el estatuto cognitivo como institucional de las *condiciones del saber* y las *figuras de la razón*³¹, lo que está conduciendo a un fuerte emborronamiento de las fronteras entre razón e imaginación, saber e información, naturaleza y artificio, arte y ciencia, saber experto y experiencia profana.

Lo que la trama comunicativa de la revolución tecnológica introduce en nuestras sociedades es un nuevo modo de relación entre los procesos simbólicos -que constituyen lo cultural- y las formas de producción y distribución de los bienes y servicios. El nuevo modo de producir, inextricablemente asociado a un nuevo modo de comunicar, convierte al conocimiento en una fuerza productiva directa. “Lo que está cambiando no es el tipo de actividades en las que participa la humanidad sino su capacidad tecnológica de utilizar como fuerza productiva lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica, su capacidad de procesar símbolos”³². La “sociedad de la información” no es entonces sólo aquella en la que la materia prima más costosa es el conocimiento sino también aquella en la que el

³⁰ T.W. Adorno, y M. Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Sur, Buenos Aires, 1971, p.184.

³¹ G. Chartron (Dir.), *Pour une nouvelle économie du savoir*, Presses Universitaires de Rennes, 1994; A. Renaud, ‘L’image: de l’économie informationnelle à la pensée visuelle’, *Reseaux*, N° 74, París, 1995, pp. 14 y ss.

³² M. Castells, *La era de la información*, vol.1, Alianza, Madrid, 1997, pp. 58 y 369.

desarrollo económico, social y político, se hallan estrechamente ligados a la innovación, que es el nuevo nombre de la creatividad y la creación humanas.

Oteando desde ahí el campo de la comunicación se presenta hoy primordialmente configurado por tres dimensiones: el *espacio* del mundo, el *territorio* de la ciudad y el *tiempo* de los jóvenes. *Espacio-mundo* pues la globalización no se deja pensar como mera extensión cualitativa o cuantitativa de los Estados nacionales haciéndonos pasar de lo *internacional* (política) y lo *transnacional* (empresas) a lo *mundial* (tecnoeconomía). El globo ha dejado de ser una figura astronómica para *adquirir plenamente una significación histórica*³³. Ahí están las redes poniendo en circulación, a la vez, flujos de información que son movimientos de integración a la globalidad tecnoeconómica, pero también el tejido de un nuevo tipo de *espacio reticulado* que transforma y activa los sentidos del comunicar. *Territorio-ciudad* pues en él se configuran nuevos escenarios de comunicación³⁴ de los que emerge un *sensorium* nuevo, cuyos dispositivos claves son la *fragmentación* -no sólo de los relatos sino de la experiencia, de la des-agregación social- y el *flujo*: el ininterrumpido flujo de las imágenes en la multiplicidad de pantallas -de trabajo y de ocio enlazadas. Y donde ese sensorium se hace social y culturalmente visible hoy es en el *entre-tiempo* de los jóvenes, cuyas enormes dificultades de conversación con las otras generaciones apunta a todo lo que en el cambio generacional hay de *mutación cultural*³⁵.

Fue hace unos cuatro años, mientras embalaba mi biblioteca para retornar de Cali a Bogotá cuando descubrí un pequeño libro de Margaret Mead -*Cultura y compromiso*, que apareció publicado a comienzos de los años setenta- y que no ha dejado de inquietarme y aportarme desde entonces. Pues allí encontré otro “mapa nocturno” sobre la relación entre la aceleración de las transformaciones en la cultura y los modos de comunicar con el ahondamiento de nuestros miedos al cambio. Para enfrentar esos miedos nos propone la antropóloga *reubicar el futuro*, ya si para los occidentales el futuro está delante, para muchos pueblos orientales el futuro está detrás, y la posibilidad de construir una cultura “en la que el pasado sea útil y no coactivo” pasa porque “asumamos el futuro entre nosotros, pues ya está aquí, pero necesitado de que lo arropemos y ayudemos a nacer, porque de lo contrario será demasiado tarde”³⁶.

³³ Ver en la segunda parte: “Imaginaris de la globalización e imágenes del mundo”.

³⁴ Sobre los nuevos escenarios de comunicación: “Transformaciones de la experiencia urbana” en la segunda parte.

³⁵ Una reflexión sobre mutación cultural, jóvenes y escuela: “Desafíos culturales de la comunicación a la educación” en la segunda parte.

³⁶ M. Mead, *Cultura y compromiso*, Granica, Buenos Aires, 1971, pp. 105-106.

No puedo terminar esta introducción sin evocar a ALAIC, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de Comunicación, a cuyo ritmo se hizo durante un buen trecho este libro. Pues ALAIC supo mezclar en sus inicios -fines de los años setenta- la utopía democrática de comunicación con la solidaridad militante hacia los exilados de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, convocando a los investigadores latinoamericanos a encontrarse en un *proyecto común* que hiciera verdad eso que constituía nuestro objeto de estudio: la comunicación. Si ALAIC nació pobre en recursos -lo que nos obligó a poner a trabajar la imaginación ya fuera para reunirnos o para financiar proyectos, como las bibliografías nacionales de investigación en comunicación que publicamos en los años '80- ello se vio compensado por el vigor del pensamiento que supo propiciar, que es del que se nutrió mi extraviado filósofo en su empeño por *investigar la comunicación desde la cultura*. Por eso es deber de memoria dejar aquí constancia de la arriesgada búsqueda compartida con Patricia Anzola, nuestra inolvidable pionera colombiana en estudiar las políticas de comunicación junto con Elizabeth Fox, con el boliviano Luis Ramiro Beltrán, con los venezolanos Antonio Pascuali, Luis Aníbal Gómez, Elisabeth Safar, Oswaldo Capriles, Marcelino Bisbal, con los argentinos Héctor Schmucler, Mabel Piccini, Alcira Argumedo, Heriberto Muraro, Patricia Terrero, María Cristina Mata, Sergio Calleti, con los brasileños Luis Gonzaga Motta y Regina Festa, con los peruanos Rafael Roncagliolo, Luis Peirano, Teresa Quiroz y Javier Protzel, con las mexicanas Fátima Fernández y Beatriz Solís, y los chilenos Fernando Reyes Matta, Giselle Munizaga, Diego Portales. Años después ALAIC atravesaría desiertos y tiempos de existencia subterránea, de los que saldría gracias al esfuerzo de brasileños como José Marques de Melo, Ana María Fadul, Immacolata Lopes Vasallo, Margarida Kunsch y los mexicanos Raúl Fuentes, Enrique Sánchez Ruiz, Rossana Reguillo y Guillermo Orozco.

El trabajo y el impulso de ALAIC se ha visto enriquecido desde mediados de los años '80, y especialmente en los '90, por el aporte de investigadores procedentes de otros ámbitos, y con los cuales se ha construido en Latinoamérica un campo propio, el de los *estudios culturales de comunicación*. Entre esos investigadores Néstor García Canclini ocupa un lugar decisivo por sus trabajos pioneros en trazar una agenda latinoamericana a los estudios culturales al replantear tanto los linderos de las disciplinas -antropología, sociología, comunicación- como las discursividades y narrativas en las que pueda ser enunciada la complejidad de las transformaciones culturales que vivimos, como también al repensar radicalmente el tipo de políticas culturales que pueden aportar una verdadera democratización de nuestras sociedades sin fundamentalismos ni culturalismos. Beatriz Sarlo nos ha proporcionado una de las más lúcidas y permanentes reflexiones sobre el sentido de la *crítica*, que atraviesa

intertextualmente desde la reinención de los valores en el campo literario, pasando por el desenmascaramiento del “populismo de mercado”, que neutraliza lo que de resistencia creativa vertebraron en otro tiempo las culturas populares, hasta el porfiado señalamiento de la orfandad ética y política que padece una sociedad en trance de cambiar como guías a los intelectuales por los expertos y vedetes de los medios. *Cronista mayor* de los cambios culturales de nuestra América, Carlos Monsiváis nos alertó primero sobre la *actoría* del sujeto popular en la construcción de una nación que creían haber construido solos los políticos y los intelectuales, después nos descubrió el estratégico papel del cine al conectar con el hambre de las masas por hacerse social y culturalmente visibles, y en los últimos años anda empeñado en desangustiar nuestras identidades al pensarlas y contárnoslas cambiantes y a la vez resistentes, hechas tanto de las memorias como de las expropiaciones que nuestras gentes hacen de las culturas modernas. Desde el título de uno de sus libros más innovadores, Renato Ortiz nos ha aportado una atrevida articulación lingüística *-La moderna tradición brasileña-* que nos preparó a asumir los desafíos que la globalización le hace a las ciencias sociales: su necesidad de pensar juntas, pero *diferenciadas*, las lógicas unificantes de la *globalización* económica de las que *mundializan* la cultura. Pues la mundialización “es un proceso que se hace y deshace incesantemente”, no por encima de las culturas nacionales o locales sino desde sus propias raigambres y deslocalizaciones. Con su larga y densa experiencia de *trabajador de la cultura*, Aníbal Ford ha traído al campo de los estudios de comunicación una mirada que reorienta el *trabajo de la reflexión*, sacándolo del tantas veces narcisista debate académico y reubicándolo en la arena política. Para que sea ahí, en la experiencia social del ciudadano, en el conflicto de las ideologías -que aún existen-, en la hegemonía cultural del mercado donde sean puestas a prueba nuestras *teorías*. Y desde otro tipo de *afuera*, Nelly Richard ha removido las aguas de los estudios culturales colocando como estratégicas, de un lado, la reflexión sobre los avatares de la memoria en nuestros países, no sólo *des-plegando* la reflexión de Benjamin sino movilizándola para hacer pensable el actual tironeo “entre la petrificación nostálgica y la coreografía publicitaria”, esa des-historización del presente y esa des-narración de la memoria que efectúa la redundancia de la noticia; y de otro, ha potenciado el significado del *des-ordenamiento de los saberes*, que contiene un poderoso llamado a la *indisciplina* que de-vele los autoritarismos secretos y las inercias que esconden las disciplinas académicas, explicitando la batalla cultural que se libra en los “conflictos y diseños de las hablas”. Todo ello para desorganizar las “máquinas binarias” y potenciar las fuerzas de descentramiento que habitan los márgenes. A esta cortísima lista hay que añadir, para que sea un poco menos

injusta, los nombres de José Joaquín Brünner, Heloisa Buarque, Norbert Lechner, Óscar Landi, Roger Bartra, Aníbal Quijano, Octavio Ianni, Hugo Achugar, Martín Hopenhayn, Germán Rey, Guillermo Sunkel, Beatriz González Stephan, Alejandro Piscitelli.



La reflexión que configura la primera parte -décadas de los años '70 y '80- entreteje trozos de textos tomados de dos libros agotados hace ya tiempo, *Comunicación masiva: discurso y poder* y *Procesos de comunicación y matrices de cultura*, además de otros textos publicados en revistas y libros colectivos. La segunda parte -años '90- se halla enteramente tramada con textos tomados de libros colectivos y revistas. Aunque en algunos casos se conserve el título de los artículos publicados la totalidad de los textos que forman este libro han sido condensados o re-escritos. Reescritura que no sólo condensa ideas sino que las reubica para dar cuenta de las rupturas y los desplazamientos. Pues más que de una secuencia lineal o de una continuidad sin rupturas, se trata por el contrario de dar cuenta de las transformaciones que han articulado, desarticulado y rearmado el campo latinoamericano de la investigación en comunicación/cultura combinando la mirada desde el adentro de los momentos calientes con el balance que de ellos se hizo en los años posteriores.

Guadalajara, México, enero de 2001